El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.—NÚM. 8140

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que crea, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París: Mr. A. Lorette, rue Catmar 1.º 88 n.º 1, Mr. J. Jont Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, E. C. 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIEBAS 4.

Sábado 22 de Diciembre 1888

CANTARES

Un ojo tengo y lo diera
Porque hoy la Pascua llegara
Para vengarme de un pavo
Que me ha puesto mala cara.

Es muy triste chilladura
No poder el turrón ver
Sin sentir en el instante
La tentación de morder.

Un gijonero me dio
Peladillas y turrónes
Y yo le di chocolate
Cafés y tés y bombones,
No hay otra cosa tan buena
Para estos días de pavo
Como los tés y cafés
Y chocolates de EL BARCO.

Los chocolates de la fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la única medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona.

Y los cafés y tés la única medalla de plata. Representante para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Risueño, 3, Caridad, Cartagena.

EGOS DE MADRID

21 de Diciembre de 1888.

Faltan dos días, nada más que dos días y cuando estas líneas tengan el gusto de recibir las amables miradas de los lectores faltarán horas ó minutos, y el telégrafo comunicará á todos los extremos de la Península, al vecino reino lusitano y á la vecina república francesa el número que ha obtenido los diez millones.

No censuramos esta fiebre que domina á los españoles y á los portugueses y franceses de las fronteras durante los diez ó doce días anteriores al sorteo. Eso de acostarse sin un céntimo y amanecer millonario es una situación envidiable y el que idó esta agradable sorpresa merece una estatua sobre un pedestal formado con los billetes no premiados.

Porque no hay duda, se han dado casos de que toquen los diez millones y todos corremos el peligro al reñir á nuestra cocinera de faltar al respeto á una señora millonaria y de cometer una inconveniencia aplicando un correctivo al fámulo que á los cinco ó seis días puede atropellarnos con su coche.

Oh! ya se curan muchos en salud.

Conozco yo á un jefe de negociado de muy mal genio, que en el mes de diciembre trata con la mayor amabilidad á sus subordinados.

—Ha jugado V. los pregona?

Si le contestan afirmativamente; hasta dispensa las faltas de ortografía los oficios en limpio. A un rico se le puede perdonar que escriba oro con h y liba sin ella. El que le dice que no ha jugado es la víctima propiciatoria

También tengo yo un conocido que se deja la barba desde mediados de Noviembre hasta mediados de Enero.

—Por el frío? le pregunté una vez.

—No señor, contestó, por la lotería de Navidad.

—¿Qué tiene que ver?

—Ayl amigo, V. no sabe lo nerviosos que se ponen los barberos en esta época de año. Todos juegan y desde que tienen parte de un billete hasta que se alivian de los efectos del desempeño, no hacen más que

pensar en la felicidad que les espera, y creyendo que su felicidad no es la de los que afeitán.

De todos modos el enigma avanza y el sábado por la tarde alguno que apenas se llama Pedro se hará llamar D. Pedro, hasta que algunos meses después sea preciso llamarle Sr. D. Pedro.

No todos se preocupan de la riqueza. Todavía hay almas poéticas y el último sensible ejemplo de poesía lo ha dado un joven ebanista de veinte años y una joven de diez y ocho.

Cayó el soldado y debía partir para Cuba. Esta separación pareció imposible de resistir á los amantes y al convencerse de que tenían que separarse resolvieron morir ante tan dolorosa suerte.

Ni tenían fe siquiera en la lotería. Resueltos á abandonar este valle de lágrimas acordaron el modo de buscar en el sueno eterno consuelo á su desesperación y ayer realizaron tan horrible desgracia. El joven mató á su amada y cuando estuvo seguro que había dejado de vivir, acabó con su vida.

Tristes efectos de esas novelas patibularias que andan al alcance de todas las imaginaciones.

¡Qué contrastes! Al lado de lo triste lo cómico!

Madrid puede ofrecer estos días el espectáculo del célebre ayunador Succí.

¡Ayunar en estos días consagrados á los placeres de la gula! El público no lo comprende y la verdad es que apenas le hace caso.

En cambio en el gran mundo como suele llamarse á la reunión de los seres felices que viven de sus rentas y en la esfera de las personas ilustradas, está siendo objeto de entusiastas felicitaciones el joven marino D. Isaac Peral, que ha descubierto la navegación submarina y que muy en breve según todas las probabilidades va á ver coronada su obra.

Es el primer español que será profeta en su patria.

Europa y América siguen con vivo interés los trabajos del inventor y darían cualquier cosa por que fuera su compatriota.

No señor: esta vez estamos decididos á ser la primera nación que penetre en las inmensidades del mar.

Los primeros que naveguen codeándose con los tiburones, después de admirar al que ha resuelto el problema, insoluble, se figurarán que andan por tierra.

¡Hay tantos tiburones en secol!

Julio Nombela.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior:

AGUINALDO.

HISTORIA DE UNA BALA

Fui engendrada en las entrañas de la tierra de la que salí en forma de un pedruzco mineral.

Mi superficie estaba llena de asperezas, como mi carácter y conmigo salieron adhe-

ridos mucho barro, poco oro y alguna plata.

La plata era mi amor, el oro mi rival, y el barro el abrigo en que los tres descansábamos.

El día de nuestra resurrección, el sol se mostró á los hombres brillante y exultante; todos los ojos se fijaron en mí.

De mi país natal pasé á la corte, en donde un caballero, á quien otros de menos edad llamaban el doctor Vera me desnudó, despojándome de una Correspondencia de España en la que me habían cuidadosamente envuelto.

El doctor, tomándome entre el índice y el pulgar, dijo á sus discípulos.

—Este pedruzco, que hoy he recibido, procede de las minas de Almadén, cuyo propietario me lo remite para que analice las cantidades proporcionales que contiene de oro, plata y plomo.

¡Me estreñecí presintiendo una desgracia! En seguida continuó.

—Van ustedes á presenciar ahora mismo esta operación tan sencilla como interesante. Dentro de breves momentos este mineral se dividirá en tres porciones distintas; una de tierra, otra de oro y plata y otra de plomo.

La dolorosa impresión que produjeron estas palabras en mi ánimo fue causa de que, escurriéndome de entre los dedos del doctor, cayera al suelo desvanecido.

De allí á poco me colocó, mejor dicho, me arrojó en una vasija de barro cocido, cubrió mi cuerpo de no sé qué drogas, y me introdujo en un horno.

Allí empezó mi martirio.

La ira y el calor me inquietaron, las drogas se precipitaron sobre mí y sin que mi herviente furor las contuviera, me separaron del único amor de mi vida, la plata, que fue á unirse con el oro.

Cansado de tan desesperado batallar, caí inerte en el fondo de aquella vasija del infierno.

Desde entonces odio á los hombres con todo mi peso!

—La operación ha terminado, dijo el doctor.

Sacó la vasija, la hizo mil pedazos, golpeó el barro que aún nos envolvía, vi al oro y á la plata alejarse estrechamente unidos, y por último, dirigiéndose á mí exclamé arrojándome á un rincón con el más cruel desprecio:

—Esto es plomo.

¡Ah! ¡No le bastaba separarme del ser amado, entregárselo á otro y alejarme para siempre de ellos, sino que también me insultaba y ofendía!

¡Jamás plomo alguno aborreció con más intensidad!

¡Juré vengarme!

II

La plata no se apartaba de mi pensamiento. Sin saber como realizar mi idea, me propuse arrancarla de los brazos de su amante.

A más de las dificultades de lugar y tiempo, se me presentaba como mayor obstáculo la vanidad femenina.

El oro es en todas partes más estimado que el plomo y aunque aquél jamás tuvo corazón, sería preferida de la plata, antes que mi alma de plomo, por buena y cariñosa que fuese.

Para vencer era preciso ser oro, ó por lo menos parecerlo.

La casualidad vino en mi ayuda.

Un criado del doctor se apoderó de mí, y aquella misma noche, con palabras de fuego, me enterneció, selló y doró hasta convertirme en una moneda de cinco duros.

Habia realizado mis ilusiones; ¡fui oro!

Un día que mi providencia hubo de cobrar no recuerdo que honorarios del doctor, pasé

de nuevo á manos de éste, quien, entre otras varias monedas, me arrojó en un cestillo de palma, que guardó en una enorme caja de hierro.

Caí entre una peseta y una microscópica monedilla de veinte reales.

Cerrada la caja y restablecido el silencio, me dijo esta última, á la que yo daba la espalda:

—¿Me haría usted el favor?..

—En el sonido, reconocí á mi rival.

—¿De qué? prorrumpí con acritud.

—De quitarse de en medio, esa peseta que tiene usted debajo, es mi señora.

Mis entrañas de plomo se conmovieron; volví el busto, y me hallé frente de mi infeliz esposa.

—Sí, señor: esa peseta me pertenezca, replicó la moneda de veinte reales.

—¡Caballero! dijo ella entonces: no se eche sobre mí. ¡Pesa usted como si fuera plomo!

—Como si fuera plomo de Almadén, ¿no es cierto añadió irónicamente?

—¿Usted me conoce?

—¡Ingrata!

—¿Será posible?.. ¡V.!... ¡Tú!... ¡Plomo de mi alma!

Y se arrojó en mis brazos.

—¡Ya le había yo conocido en el metal de la voz! murmuró mi rival con aire impertinente.

—Soy con V. al momento.

—Yo no quiero tratos con plomo de más ó menos.

—Valgo veinte pesetas más que V. caballero.

—¡Falso!

Ya iba á pasar á vías de hecho, cuando se abrió la caja del doctor Vera se apoderó de mí.

—Tomás; pague V. la leña, dijo.

Esa moneda no es buena; repuso el muchacho.

—Es verdad, exclamó el doctor después de darme contra el mármol de una mesa.

Y cogiendo un martillo, me golpeó colérico.

Era la segunda vez que me maltrataba.

Aquella noche Tomás me vendió en la tienda de un armero, quien me fundió en una bala.

Empaquetado con otras muchas viví en un rincón de un estante, meditando en mi venganza.

III

Una mañana me llevaron con mis compañeras fuera de la ciudad.

Por lo que pude entender, se trataba de un desafío.

No bien llegamos al sitio en que debía efectuarse, nos desempaquetaron y me vi en un grupo de cuatro personas; no muy lejos de nosotros había otros dos, colocados frente á frente.

Los padrinos hablaban del lance en voz baja un marido burlado.

¡Cuán no sería mi satisfacción, al oír que uno de los contendientes, el amante, era el doctor Vera, en cuerpo y alma!

—Pondremos poca pólvora.

—La bastante para cubrir el expediente.

—Sería doloroso que ocurriese una desgracia.

Estas gentes conspiraban contra mis deseos, atormentándome de un modo horrible.

A semejantes temores se traía el de que, si me tocase la suerte de entrar en una de las cargas.

Efectivamente, otra bala mereció tanta fortuna.

—Hermana, le dijo.

—¿Qué?